

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIII, número 1 (2.698)

Ciudad del Vaticano

1 de enero de 2021



Vacunas
para
todos,
para
los más
vulnerables
y necesitados

Francisco durante el rezo del Ángelus



En el Ángelus de san Esteban

También los pequeños gestos de amor cambian la historia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Ayer el Evangelio hablaba de Jesús como «luz verdadera» que viene al mundo, luz que «brilla en las tinieblas» y que «las tinieblas no la vencieron» (Jn 1,9-5). Hoy vemos al testigo de Jesús, san Esteban, que brilla en las tinieblas. Los testigos brillan con la luz de Jesús, no tienen luz propia. La Iglesia tampoco tiene luz propia; por eso los antiguos padres llamaron a la Iglesia «el misterio de la luna». Al igual que la luna no tiene luz propia, los testigos no tienen luz propia, son capaces de tomar la luz de Jesús y reflejarla. Esteban es acusado falsamente y lapidado brutalmente, pero en las tinieblas del odio, en el tormento de la lapidación, hace brillar la luz de Jesús: reza por los que le están matando y los perdona, como Jesús en la cruz. Es el primer mártir, es decir, el primer testigo, el primero de una gran multitud de hermanos y hermanas que, hasta hoy, siguen llevando luz a las tinieblas: personas que responden al mal con el bien, que no ceden a la violencia y la mentira, sino que rompen la espiral del odio con la mansedumbre del amor. Estos testigos iluminan el alba de Dios en las noches del mundo.

Pero, ¿cómo se convierte uno en testigo? Imitando a Jesús, tomando luz de Jesús. Este es el camino para todo cristiano: imitar a Jesús, tomar la luz de Jesús. San Esteban nos da el ejemplo: Jesús había venido para servir y no para ser servido (cf. Mc 10,45), y él vive para servir y no para ser servido, y viene para servir: Esteban fue elegido diácono, se hace

diácono, es decir, servidor, y sirve a los pobres en las mesas (cf. Hch 6,2). Trata de imitar al Señor todos los días y lo hace hasta el final: al igual que Jesús es capturado, condenado y asesinado fuera de la ciudad y, como Jesús, reza y perdona.

Dice mientras le apedreaban: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (7,60). Esteban es testigo porque imita a Jesús.

Sin embargo, podría surgir una pregunta: ¿hacen falta realmente estos testimonios de

bondad cuando en el mundo se propaga la maldad? ¿Para qué sirve rezar y perdonar? ¿Solo para dar un buen ejemplo? ¿Para qué sirve esto? No, es mucho más. Lo descubrimos por un detalle. Entre aquellos por los que Esteban

«Los gestos de amor cambian la historia: incluso los pequeños, ocultos, cotidianos». Es la enseñanza que el Papa ha extraído del testimonio de san Esteban, y que propuso en el Ángelus del sábado 26 de diciembre, fiesta del primer mártir, durante el cual recordó a «los que sufren persecución por el nombre de Jesús». Publicamos, a continuación, la meditación de Francisco antes de rezar la oración mariana del mediodía desde la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano.

rezaba y a los que perdonaban había, dice el texto, «un joven, llamado Saulo» (v. 58), que «aprobaba su muerte» (8,1). Poco después, por la gracia de Dios, Saulo se convierte, recibe la luz de Jesús, la acepta, se convierte y deviene Pablo, el más grande misionero de la historia. Pablo nace precisamente por la gracia de Dios, pero a través del perdón de Esteban, a través del testimonio de Esteban. Esta es la semilla de su conversión. Es una prueba de que los gestos de amor cambian la historia: incluso los pequeños, ocultos, cotidianos. Porque Dios guía la historia a través del humilde valor de quien reza, ama y perdona. Muchos santos ocultos, los santos de la puerta de al lado, testigos ocultos de vida, cambian la historia con pequeños gestos de amor. Ser testigos de Jesús es válido también para nosotros. El Señor quiere que hagamos de la vida una obra extraordinaria a través de los gestos comunes, los gestos de todos los días. En el lugar donde vivimos, en familia, en el trabajo, en todas partes, estamos llamados a ser testigos de Jesús, aunque solo sea regalando la luz de una sonrisa, luz que no es nuestra: es de Jesús,

e incluso solo huyendo de las sombras de las habladurías y los chismes. Y, si vemos algo que no va bien, en lugar de criticar, chismorrear y quejarnos, recemos por quienes se equivocaron y por esa difícil situación. Y cuando surja una discusión en casa, en lugar de intentar prevalecer, intentemos resolver; y empezar de nuevo cada vez, perdonando a quien ofende. Pequeñas cosas, pero cambian la historia, porque abren la puerta, abren la ventana a la luz de Jesús. San Esteban, mientras recibía las piedras del odio, devolvía palabras de perdón. Así cambió la historia. También nosotros podemos transformar el mal en bien todos los días, como sugiere un hermoso proverbio que dice: «Haz como la palmera, le tiran piedras y deja caer dátiles».

Recemos hoy por los que sufren persecución por el nombre de Jesús. Lamentablemente son muchos. Más que en los primeros tiempos de la Iglesia. Encomendemos a la Virgen María estos hermanos y hermanas nuestros, que respondan a la opresión con mansedumbre y, como verdaderos testigos de Jesús, vencen el mal con el bien.

Después del Ángelus el Pontífice saludó a quienes lo seguían a través de los medios, exhortando a «colaborar con las disposiciones que han dado las Autoridades, para ayudarnos a todos a huir de esta pandemia» y agradeciendo por los mensajes de felicitación recibidos durante las fiestas.

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos vosotros, familias, grupos y fieles que seguís este momento de oración a través de los medios de comunicación social. Tenemos que hacerlo así, para evitar que la gente venga a la Plaza. Y de este modo colaborar con las disposiciones que han dado las Autoridades, para ayudarnos a todos a huir de esta pandemia.

Que el clima de alegría navideña, que hoy se prolonga y aún nos llena el corazón, despierte en todos el deseo de contemplar a Jesús en el pesebre, para luego servirlo y amarlo en las personas que nos rodean. En estos días he recibido felicitaciones de Roma y de otras partes del mundo. Es imposible responder a cada uno, pero aprovecho y expreso ahora mi gratitud, sobre todo por el don de la oración, que hacéis por mí y que correspondo de buen grado.

Feliz día de San Esteban. Por favor seguid rezando por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Un cuento por navidad

Siempre es navidad... aunque es de noche y con pandemia

FRANCISCO CERRO CHAVES

También a Belén había llegado la pandemia. Estaba cerrada la posada. Todos tenían miedo a contagiarse. Cuando llegan José y María, todo lo que contemplan es un cartel en la puerta: «Cerrado por emergencia sanitaria». Alguien que ha bajado a sacar la basura le indica que, en las periferias, en los alrededores de la ciudad, hay unas cuevas en las que pernoctan animales y no va nadie, sobre todo «con la que esta cayendo». A media noche nace un niño más bello que el sol y con la ternura de Madre, la Virgen María le estrecha contra su corazón y san José se lo come a besos. Es la auténtica Navidad. La Navidad de los pobres que saben que les ha «tocado la lotería con Jesús».

Como en la cueva entra el aire por todas partes, aunque frío en la noche, no hay problema de contagios. Ellos llevan las mascarillas para no contagiar a nadie y menos al niño, que comienza a llorar, porque tiene hambre. María le da el pecho, como todas las madres. De pronto se acercan cantando y bailando muchos pastores de la comarca. Todos con mascarilla y con precauciones, se acercan al Niño y aunque tienen deseos

de besarlos, se inclinan y los contemplan, descubriendo en Aquel Niño que les sonríe, al Hijo de Dios, que viene a vivir nuestra vida, para que nosotros vivamos la suya. Piensan que ya habría oportunidad para, en otros momentos, darle un fuerte «achuchón».

Pregunta María de dónde vienen los pastores y le dicen que, de todas partes, de los Montes de Toledo, de Extremadura en la zona de Guadalupe, de la comarca de Talavera de la Reina... Vienen corriendo y le traen regalos para que el Niño no pase hambre. Como muchos ha nacido en una cueva. «Queremos que no pase frío, que vienen los fríos de enero y los constipados y neumonías y no esta el horno para bollos».

Se marchan todos los pastores y cuando esta tranquilo el portal, se abre la puerta y se ve a unos Reyes Magos, con camellos y con un grupo de cortesanos, todos con mascarilla y con lavado de manos, porque traen incienso, oro y mirra.

Una estrella les ha guiado por los montes y caminos. Una estrella con el color de la esperanza y que se ha posado en esa cueva. Cojea uno de los camellos y los Reyes Magos piensan que a lo mejor

le ha afectado la covid-19, porque la verdad es que ha venido todo el camino con un cansancio de muerte, sin ganas de comer y sobre todo le costaba respirar. Cuando el camello descansa, parece otro. El Niño quiere acariciar al camello, pero no le dejan, por si acaso. Lo que parece claro es que al Niño Dios ya le encantan los animales que tienen defectos físicos y todas las personas necesitadas que enternecen su corazón de Niño. El Niño es feliz, esta tan contento, tan gozoso en la Noche de Paz, en la Nochebuena, que se duerme plácidamente en los brazos de su madre. Todos llevaban mascarilla y guardaban la distancia y se lavaban las manos, cuando lo que tocaban le podría contagiar.

Y el portal de Belén se fue vistiendo de alegría, aunque el mundo estaba entristecido por los brotes del virus, que a tantos se había llevado por delante y que había hecho tantos estragos entre los mayores y los que por patologías diversas, eran más vulnerables. María y José preguntaron cómo seguían todos y los Reyes Magos les dijeron que se cuidaran y que todo pasaría.

*Arzobispo de Toledo Primado de España

La homilía de la misa del 24 de diciembre en la basílica vaticana

Toda persona descartada es un hijo de Dios

«El Hijo de Dios nació descartado para decirnos que toda persona descartada es un hijo de Dios. Vino al mundo como un niño viene al mundo, débil y frágil, para que podamos acoger nuestras fragilidades con ternura»: he aquí la "lección" siempre actual que procede del «pobre pesebre» de Belén. El Papa la propuso en la homilía de la misa de la Noche de Navidad, celebrada a las 19,30 horas del jueves, 24 de diciembre, en el altar de la Catedral de la basílica vaticana.

En esta noche se cumple la gran profecía de Isaías: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9, 5). Un hijo se nos ha dado. A menudo se oye decir que la mayor alegría de la vida es el nacimiento de un hijo. Es algo extraordinario, que lo cambia todo, que pone en movimiento energías impensables y nos hace superar la fatiga, la incomodidad y las noches de insomnio, porque trae una felicidad grande, ante la cual ya nada parece que pese. La Navidad es así: el nacimiento de Jesús es la novedad que cada año nos permite nacer interiormente de nuevo y encontrar en Él la fuerza para afrontar cada prueba. Sí, porque su nacimiento es para nosotros: para mí, para ti, para todos nosotros. Para es la palabra que se repite en esta noche santa: «Un hijo se nos ha dado para nosotros», ha profetizado Isaías; «hoy ha nacido para nosotros el Salvador», hemos repetido en el Salmo; Jesús «se entregó por y para nosotros» (cf. Tí 2, 14), ha proclamado san Pablo; y el ángel en el Evangelio ha anunciado: «Ha nacido para vosotros un Salvador» (cf. Lc 2, 11). Para mí, para vosotros.

¿Pero qué significa este para nosotros? Que el Hijo de Dios, el bendito por naturaleza, viene a hacernos hijos bendecidos por gracia. Sí, Dios viene al mundo como hijo para hacernos hijos de Dios. ¡Qué regalo tan maravilloso! Hoy Dios nos asombra y nos dice a cada uno: «Tú eres una maravilla». Hermana, hermano, no te desanimes. ¿Estás tentado de sentirte fuera de lugar? Dios te dice: «No, ¡tú eres mi hijo!». ¿Tienes la sensación de no lograrlo, miedo de no estar a la altura, temor de no salir del túnel de la prueba? Dios te dice: «Ten valor, yo estoy contigo». No te lo dice con palabras, sino haciéndote hijo como tú y por ti, para recordarte cuál es el punto de partida para que empieces de nuevo: reconocerte como hijo de Dios, como hija de Dios. Este es el punto de partida para cualquier nuevo nacimiento. Este es el corazón indestructible de nuestra esperanza, el núcleo candente que sostiene la existencia: más allá de nuestras cualidades y de nuestros defectos, más fuerte que las heridas y los fracasos del pasado, que los miedos y la preocupación por el futuro, se encuentra esta verdad: somos hijos



amados. Y el amor de Dios por nosotros no depende y no dependerá nunca de nosotros: es amor gratuito. Esta noche no tiene otra explicación: sólo la gracia. Todo es gracia. El don es gratuito, sin ningún mérito de nuestra parte, pura gracia. Esta noche, san Pablo nos ha dicho: «Ha aparecido la gracia de Dios» (Tí 2, 11). Nada es más valioso. Un hijo se nos ha dado. El Padre no nos ha dado algo, sino a su mismo Hijo unigénito, que es toda su alegría. Y, sin embargo, si miramos la ingratitud del hombre hacia Dios y la injusticia hacia tantos de nuestros hermanos, surge una duda: ¿Ha hecho bien el Señor en darnos tanto, hace bien en seguir confiando en nosotros? ¿No nos sobrevaloró? Sí, nos sobrevaloró, y lo hace porque nos ama hasta el extremo. No es capaz de dejarnos de amar. Él es así, tan diferente a nosotros. Siempre nos ama, más de lo que nosotros mismos seríamos capaces de amarlos. Ese es su secreto para entrar en nuestros corazones. Dios sabe que

la única manera de salvarnos, de sanarnos interiormente, es amarnos: no hay otro modo. Sabe que nosotros mejoramos sólo aceptando su amor incansable, que no cambia, sino que nos cambia. Sólo el amor de Jesús transforma la vida, sana las heridas más profundas y nos libera de los círculos viciosos de la insatisfacción, de la ira y de la lamentación. Un hijo se nos ha dado. En el pobre pesebre de un oscuro establo está, en efecto, el Hijo de Dios. Surge otra pregunta: ¿Por qué nació en la noche, sin alojamiento digno, en la pobreza y el rechazo, cuando merecía nacer como el rey más grande en el más hermoso de los palacios? ¿Por qué? Para hacernos entender hasta qué punto ama nuestra condición humana: hasta el punto de tocar con su amor concreto nuestra peor miseria. El Hijo de Dios nació descartado para decirnos que toda persona descartada es un hijo de Dios. Vino al mundo como un niño viene al mundo, débil y frágil, para

que podamos acoger nuestras fragilidades con ternura. Y para descubrir algo importante: como en Belén, también con nosotros Dios quiere hacer grandes cosas a través de nuestra pobreza. Puso toda nuestra salvación en el pesebre de un establo y no tiene miedo a nuestra pobreza. ¡Dejemos que su misericordia transforme nuestras miserias! Esto es lo que significa que un hijo ha nacido para nosotros. Pero queda todavía otro para, el que el ángel indica a los pastores: «Esta será la señal para vosotros: encontréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2, 12). Este signo, el Niño en el pesebre, es también para nosotros, para guiarnos en la vida. En Belén, que significa «Casa del Pan», Dios está en un pesebre, recordándonos que lo necesitamos para vivir, como el pan para comer. Necesitamos dejarnos atravesar por su amor gratuito, incansable, concreto. Cuántas veces en cambio, hambrientos de entretenimiento, éxito y mundanidad, alimentamos nuestras vidas con comidas que no sacian y dejan un vacío dentro. El Señor, por boca del profeta Isaías, se lamenta de que mientras el buey y el asno conocen su pesebre, nosotros, su pueblo, no lo conocemos a Él, fuente de nuestra vida (cf. Is 1, 2-3). Es verdad: insaciables de poseer, nos lanzamos a tantos pesebres de vanidad, olvidando el pesebre de Belén. Ese pesebre, pobre en todo y rico de amor, nos enseña que el alimento de la vida es dejarse amar por Dios y amar a los demás. Jesús nos da el ejemplo: Él, el Verbo de Dios, es un infante; no habla, pero da la vida. Nosotros, en cambio, hablamos mucho, pero a menudo somos analfabetos de bondad. Un hijo se nos ha dado. Quien tiene un niño pequeño sabe cuánto amor y paciencia se necesitan. Es necesario alimentarlo, atenderlo, limpiarlo, cuidar su fragilidad y sus necesidades, que con frecuencia son difíciles de comprender. Un niño nos hace sentir amados, pero también nos enseña a amar. Dios nació niño para alentarnos a cuidar de los demás. Su llanto tierno nos hace comprender lo inútiles que son nuestros muchos caprichos, y de esos tenemos tantos. Su amor indefenso, que nos desarma, nos recuerda que el tiempo que tenemos no es para autocompadecernos, sino para consolar las lágrimas de los que sufren. Dios viene a habitar entre nosotros, pobre y necesitado, para decirnos que sirviendo a los pobres lo amaremos. Desde esta noche, como escribió una poetisa, «la residencia de Dios está junto a mí. La decoración es el amor» (E. Dickinson, *Poems*, XVII). Un hijo se nos ha dado. Eres tú, Jesús, el Hijo que me hace hijo. Me amas como soy, no como yo me creo que soy; yo lo sé. Al abrazarte, Niño del pesebre, abrazo de nuevo mi vida. Acogiéndote, Pan de vida, también voy a querer entregar mi vida. Tú que me salvas, enséñame a servir. Tú que no me dejas solo, ayúdame a consolar a tus hermanos, porque —Tú sabes— desde esta noche todos son mis hermanos.

El mensaje «Urbi et Orbi», que se garanticen las vacunas para todos, especialmente para los más vulnerables y necesitados

Se necesita fraternidad y esperanza en este tiempo de oscuridad

A mediodía del viernes 25 de diciembre, solemnidad de la Natividad del Señor, el Papa Francisco dirigió el tradicional mensaje «Urbi et Orbi» —en el Aula de la Bendición, sin asomarse a la plaza de San Pedro, que estaba vacía debido a las normas anticoronavirus— a los fieles que lo escuchaban a través de la radio, la televisión y los nuevos medios.

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Navidad! Desco hacer llegar a todos el mensaje que la Iglesia anuncia en esta fiesta, con las palabras del profeta Isaías: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9, 5). Ha nacido un niño: el nacimiento es siempre una fuente de esperanza, es la vida que florece, es una promesa de futuro. Y este Niño, Jesús, «ha nacido para nosotros»: un nosotros sin fronteras, sin privilegios ni exclusiones. El Niño que la Virgen María dio a luz en Belén nació para todos: es el «hijo» que Dios ha dado a toda la familia humana. Gracias a este Niño, todos podemos dirigirnos a Dios llamándolo «Padre», «Papá». Jesús es el Unigénito; nadie más conoce al Padre sino Él. Pero Él vino al mundo precisamente para revelarnos el rostro del Padre. Y así, gracias a este Niño, todos podemos llamarnos y ser verdaderamente hermanos: de todos

los continentes, de todas las lenguas y culturas, con nuestras identidades y diferencias, sin embargo, todos hermanos y hermanas. En este momento de la historia, marcado por la crisis ecológica y por los graves desequilibrios económicos y sociales, agravados por la pandemia del coronavirus, necesitamos más que nunca la fraternidad. Y Dios nos la ofrece dándonos a su Hijo Jesús: no una fraternidad hecha de bellas palabras, de ideales abstractos, de sentimientos

vagos... No. Una fraternidad basada en el amor real, capaz de encontrar al otro que es diferente a mí, de compadecerse de su sufrimiento, de acercarse y de cuidarlo, aunque no sea de mi familia, de mi etnia, de mi religión; es diferente a mí pero es mi hermano, es mi hermana. Y esto es válido también para las relaciones entre los pueblos y las naciones: Hermanos todos. En Navidad celebramos la luz de Cristo que viene al mundo y Él viene para todos, no sólo para algunos. Hoy,

en este tiempo de oscuridad y de incertidumbre por la pandemia, aparecen varias luces de esperanza, como el desarrollo de las vacunas. Pero para que estas luces puedan iluminar y llevar esperanza al mundo entero, deben estar a disposición de todos. No podemos dejar que los nacionalismos cerrados nos impidan vivir como la verdadera familia humana que somos. No podemos tampoco dejar que el virus del individualismo radical nos venza y nos haga indiferentes al sufrimiento de

otros hermanos y hermanas. No puedo ponerme a mí mismo por delante de los demás, colocando las leyes del mercado y de las patentes por encima de las leyes del amor y de la salud de la humanidad. Pido a todos: a los responsables de los estados, a las empresas, a los organismos internacionales, de promover la cooperación y no la competencia, y de buscar una solución para todos. Vacunas para todos, especialmente para los más vulnerables y necesitados de todas las regiones del planeta. ¡Poner en primer lugar a los más vulnerables y necesitados! Que el Niño de Belén nos ayude, pues, a ser disponibles, generosos y solidarios, especialmente con las personas más frágiles, los enfermos y todos aquellos que en este momento se encuentran sin trabajo o en graves dificultades por las consecuencias económicas de la pandemia, así como con las mujeres que en estos meses de confinamiento han sufrido violencia doméstica. Ante un desafío que no conoce fronteras, no se pueden erigir barreras. Estamos todos en la misma barca. Cada persona es mi hermano. En cada persona veo reflejado el rostro de Dios y, en los que sufren, vislumbro al Señor



Discurso a la Curia romana



En la audiencia a la Curia romana el Papa invita a rechazar la lógica del conflicto y recuerda que la reforma de la Iglesia no es un remiendo

Vivir la crisis como semilla de no

Una «reflexión sobre la crisis» provocada por la pandemia, que «nos pone en guardia ante el peligro de juzgar precipitadamente a la Iglesia» con sus «escándalos de ayer y de hoy»; una recomendación a «no confundir la crisis con el conflicto», porque la primera «generalmente tiene un resultado positivo», mientras que el segundo «siempre crea un contraste»; y una exhortación a encontrar «humildad de decir en voz alta que el tiempo de crisis es un tiempo del Espíritu», porque «quienes no miran la crisis a la luz del Evangelio, se limitan a hacer la autopsia de un cadáver». Son estos los tres elementos principales en el discurso pronunciado por el Papa en el Aula de las Bendiciones con ocasión del encuentro anual que tuvo lugar la mañana del lunes 21 de diciembre, con ocasión de las felicitaciones navideñas a los miembros del Colegio cardenalicio y de la Curia romana.

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Navidad es el misterio del nacimiento de Jesús de Nazaret que nos recuerda que «los hombres, aunque han de morir, no han nacido para eso sino para comenzar»^[1], como observa de modo tan brillante e incisivo Hanna Arendt, la filósofa hebrea que desmonta el pensamiento de su maestro Heidegger, según el cual el hombre nace para ser arrojado a la muerte. Sobre las ruinas de los totalitarismos del siglo veinte, Arendt reconoce esta verdad luminosa: «El milagro que salva al mundo, a la esfera de los asuntos humanos, de su ruina normal y “natural” es en último término el hecho de la natalidad. [...] Esta fe y esperanza en el mundo encontró tal vez su más gloriosa y sucinta expresión en las pocas palabras que en los evangelios anuncian la gran alegría: “Les ha nacido hoy un Salvador”»^[2].

2. Ante el Misterio de la Encarnación, junto al Niño acostado en un pesebre (cf. *Lc* 2,16), así como frente al Misterio Pascual, en presencia del hombre crucificado, encontramos el lugar adecuado sólo si somos inermes, humildes, esenciales; sólo después de haber puesto en práctica en el ambiente en el que vivimos —incluyendo la

Curia Romana— el programa de vida sugerido por san Pablo: «Desaparezca de ustedes toda amargura, ira, enojo, insulto, injurias y cualquier tipo de maldad. Sean bondadosos unos con otros, sean compasivos y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó en Cristo» (*Ef* 4,31-32); sólo “revestidos de humildad” (cf. *1 P* 5,5), imitando a Jesús «manso y humilde de corazón» (*Mt* 11, 29); sólo después de habernos colocado «en el último puesto» (*Lc* 14,10) y habernos hecho “siervos de todos” (cf. *Mc* 10,44). Y a este propósito, san Ignacio en sus Ejercicios llega hasta el punto de pedir que nos imaginemos estar en la escena del nacimiento, «haciéndome yo —escribe— un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades» (114).

Agradezco al cardenal Decano su amable saludo en esta Navidad, que ha manifestado los sentimientos de todos. Gracias, cardenal Re, gracias.

3. Esta Navidad es la Navidad de la pandemia, de la crisis sanitaria, de la crisis socioeconómica e incluso eclesial que ha lacerado cruelmente al mundo entero. La crisis ha dejado de ser un lugar común del discurso y del *establishment* intelectual para transformarse en una realidad compartida por todos.

Este flagelo ha sido una prueba importante y, al mismo tiempo, una gran oportunidad para convertirnos y recuperar la autenticidad.

Cuando el pasado 27 de marzo, en la Plaza de San Pedro, ante la plaza vacía pero llena de una pertenencia común que nos une con cada rincón de la tierra, cuando allí quise rezar por todos y con todos; tuve la oportunidad de decir en voz alta el significado posible de la “tempestad” (cf. *Mc* 4,35-41) que había golpeado al mundo: «La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros pro-

yectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiarnos con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos».

4. La Providencia quiso que en este tiempo difícil haya podido escribir *Fratelli tutti*, la Encíclica dedicada al tema de la fraternidad y de la amistad social. Y una gran lección nos llega de los Evangelios de la infancia, donde se narra el nacimiento de Jesús, es la de una nueva complicidad —una nueva complicidad— y unión que se crea entre los protagonistas: María, José, los pastores, los magos y todos aquellos que, de un modo u otro, ofrecieron su fraternidad, su amistad para que el Verbo que se hizo carne fuera acogido en las tinieblas de la historia (cf. *Jn* 1,14). Esto escribí al principio de esta Encíclica: «Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. Entre todos: “He ahí un hermoso secreto para soñar y hacer de nuestra vida una hermosa aventura. Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos! [...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se cons-

truyen juntos»^[3]. Soñemos como una única humanidad, como caminantes hechos de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos» (n. 8)

5. La crisis de la pandemia es una buena oportunidad para hacer una breve reflexión sobre el significado de la crisis, que puede ayudar a todos.

La crisis es un fenómeno que afecta a todo y a todos. Está presente en todas partes y en todos los períodos de la historia, abarca las ideologías, la política, la economía, la tecnología, la ecología, la religión. Es una etapa obligatoria en la historia personal y en la historia social. Se manifiesta como un acontecimiento extraordinario, que siempre causa una sensación de inquietud, ansiedad, desequilibrio e incertidumbre en las decisiones que se deben tomar. Como recuerda la raíz etimológica del verbo *krino*: la crisis es esa criba que limpia el grano de trigo después de la cosecha.

Incluso la Biblia está llena de personas que han sido “tamizadas”, de “personajes en crisis” que, sin embargo, a través de estas cumplen la historia de la salvación.

La crisis de Abrahán, que abandonó su tierra (cf. *Gn* 12,1-2) y tuvo que vivir la gran prueba de tener que sacrificar su único hijo a Dios (cf. *Gn* 22,1-19), se resolvió desde el punto de vista teológico con el nacimiento de un nuevo pueblo. Pero este nacimiento no evitó que Abrahán viviera un drama en el que la confusión y el desconcierto no prevalecieron sólo gracias a la fuerza de su fe.

La crisis de Moisés se manifestó en la desconfianza de sí mismo: «¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar a los israelitas de Egipto?» (*Ex* 3,11); «yo nunca he sido un hombre con facilidad de palabra, [...] pues soy torpe de boca y de lengua» (*Ex* 4,10); «no sé hablar» (*Ex* 6,12,30). Por eso trató de escapar de la misión que Dios le había



a un vestido viejo

ovedad

confiado: “Señor, envía a otros” (cf. *Ex* 4,13). Pero a través de esa crisis, Dios hizo a Moisés su siervo, que guio al pueblo fuera de Egipto.

Eliás, el profeta tan fuerte que era comparado con el fuego (cf. *Sir* 48,1), en un momento de gran crisis incluso anheló la muerte, pero luego experimentó la presencia de Dios no en el viento impetuoso, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en “el susurro de una brisa suave” (cf. *1 R* 19,11-12). La voz de Dios nunca está en el ruido de la crisis, sino en la voz silenciosa que nos habla dentro de la crisis misma.

A Juan el Bautista le asaltó la duda sobre la identidad mesiánica de Jesús (cf. *Mt* 11,2-6), porque no se presentaba como el libertador que tal vez esperaba (cf. *Mt* 3,11-12); sin embargo, fue precisamente el encarcelamiento de Juan el evento que llevó a Jesús a comenzar la predicación del Evangelio de Dios (cf. *Mc* 1,14).

Y finalmente, la crisis teológica de Pablo de Tarso: sacudido por el deslumbrante encuentro con Cristo en el camino de Damasco (cf. *Hch* 9,1-19; *Ga* 1,15-16), se vio obligado a dejar sus seguridades para seguir a Jesús (cf. *Flp* 3,4-10). San Pablo fue en efecto un hombre que se dejó transformar por la crisis y, por esta razón, fue el artífice de aquella crisis que llevó a la Iglesia fuera del recinto de Israel para llegar a los confines de la tierra.

Podríamos ampliar la lista de personajes bíblicos, y en ella cada uno de nosotros podría encontrar su lugar. Son muchos.

Pero la crisis más elocuente fue la de Jesús. Los Evangelios sinópticos enfatizan que Él inauguró su vida pública a través de la experiencia de la crisis vivida en las tentaciones. Aunque pareciera que el protagonista de esa situación fuera el diablo con sus falsas propuestas, en realidad el verdadero protagonista era el Espíritu Santo. De hecho, Él era quien conducía a Jesús en ese momento decisivo de su vida: «Enseguida, el Espíritu llevó a Jesús al desierto para ser

puesto a prueba por el Diablo» (*Mt* 4,1).

Los evangelistas subrayan que los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto estuvieron marcados por la experiencia del hambre y de la debilidad (cf. *Mt* 4,2; *Lc* 4,2). Y es precisamente en el trasfondo de esa hambre y debilidad donde el Maligno intentó jugar su mejor carta, aprovechándose de la humanidad cansada de Jesús. Pero, en ese hombre probado por el ayuno, el Tentador experimentó la presencia del Hijo de Dios que supo cómo vencer la tentación a través de la Palabra de Dios, no a través de la suya. Jesús nunca dialogó con el diablo, nunca; y nosotros debemos aprender esto: con el diablo nunca se dialoga. Jesús o lo expulsaba, o lo obligaba a manifestar su nombre. Pero con el diablo nunca se dialoga.

Más tarde, Jesús se enfrentó a una crisis indescriptible en Getsemani: soledad, miedo, angustia, la traición de Judas y el abandono de los Apóstoles (cf. *Mt* 26,36-50). Por último, llegó la crisis extrema en la Cruz: la solidaridad con los pecadores hasta el punto de sentirse abandonado por el Padre (cf. *Mt* 27,46). A pesar de ello, Él, con confianza total, “entregó su espíritu en las manos del Padre” (cf. *Lc* 23,46). Y su abandono pleno y confiado abrió el camino a la Resurrección (cf. *Hb* 5,7).

6. Hermanos y hermanas: esta reflexión sobre la crisis nos pone en guardia ante el peligro de juzgar precipitadamente a la Iglesia por las crisis que causaron los escándalos de ayer y de hoy, como lo hizo el profeta Eliás que, al desahogarse con el Señor, le presentó una narración desesperanzadora de la realidad: «¡Me consumo de celo por el Señor, Dios del universo, porque los israelitas han abandonado tu Alianza, han derribado tus altares y han matado a tus profetas por la espada: he quedado yo solo y buscan también quitarme la vida!» (*1 R* 19,14). Y con qué frecuencia incluso nuestros análisis eclesiales parecen historias sin esperanza. Una lectura desesperada de la realidad no se puede llamar realista. La esperanza da a nuestros análisis lo que nuestra mirada miope es tan a menudo incapaz de percibir. Dios responde a Eliás que la realidad no es como la percibió: «Regresa por tu camino hacia el desierto de Damasco. [...] He dejado en Israel siete mil personas, todas las rodillas que no se doblaron ante Baal y todas las bocas que no lo besaron» (*1 R* 19,15-18). No es verdad que él estuviera solo: está en crisis.

Dios sigue haciendo germinar las semillas de su Reino entre nosotros. Aquí en la Curia hay muchos que dan testimonio con su el trabajo humilde, discreto, sin chismorreos, silencioso, leal, profesional y honesto. Son muchos entre ustedes, gracias. Nuestra época también tiene sus problemas, pero también tiene el testimonio vivo del hecho de que el Señor no ha abandonado a su pueblo, con la única diferencia de que los problemas aparecen inmediatamente en los periódicos —esto está al orden del día—, en cambio los signos de esperanza son noticia sólo después de mucho tiempo, y no siempre.

Quienes no miran la crisis a la luz del Evangelio, se limitan a hacer la autopsia de un cadáver: miran la crisis, pero sin la esperanza del Evangelio, sin la luz del Evangelio. La crisis nos asusta no sólo porque nos hemos olvidado de evaluarla como nos invita el Evangelio, sino porque nos hemos olvidado de que el Evangelio es el primero que nos pone en crisis^[4]. Es el Evangelio el que nos pone en crisis. Pero si volvemos a encontrar el valor y la humildad de decir en voz alta que el tiempo de crisis es un tiempo del Espíritu, entonces, incluso ante la experiencia de la oscuridad, la debilidad, la fragilidad, las contradicciones, el desconcierto, ya no nos sentiremos agobiados, sino que mantendremos constantemente una confianza íntima de que las cosas van a cambiar, que surge exclusivamente de la experiencia de una Gracia escondida en la oscuridad. «Porque el oro se purifica con el fuego, y los que agradan a Dios, en el horno de la humillación» (*Si* 2,5).

7. Por último, quisiera exhortarlos a no confundir la crisis con el conflicto: son dos realidades diferentes. La crisis generalmente tiene un resultado positivo, mientras que el conflicto siempre crea un contraste, una rivalidad, un antagonismo aparentemente sin solución, entre sujetos divididos en amigos para amar y enemigos contra los que pelear, con la consiguiente victoria de una de las partes.

La lógica del conflicto siempre busca “culpables” a quienes estigmatizar y desprestigiar y “justos” a quienes justificar, para introducir la conciencia —muchas veces mágica— de que esta o aquella situación no nos pertenece. Esta pérdida del sentido de pertenencia común favorece el crecimiento o la afirmación de ciertas actitudes de carácter elitista y de “grupos cerrados” que promueven lógicas limitadoras y parciales, que empobrecen la universalidad de nuestra misión. «Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 226).

La Iglesia, entendida con las categorías de conflicto —derecha e izquierda, progresista y tradicionalista—, fragmenta, polariza,

rra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn* 12,24). El acto de morir de la semilla es un acto ambivalente, porque al mismo tiempo marca el final de algo y el comienzo de otro. Llamamos al mismo momento muerte-descomponerse y nacimiento-germinar porque son la misma realidad. Ante nuestros ojos vemos un final y al mismo tiempo en ese final se manifiesta un comienzo nuevo.

En este sentido, toda la resistencia que ponemos cuando entramos en crisis, a la que nos conduce el Espíritu en el momento de la prueba, nos condena a permanecer solos y estériles, al máximo en conflicto. Al defendernos de la crisis, obstruimos la obra de la Gracia de Dios que quiere manifestarse en nosotros y a través de nosotros. Por lo tanto, si un cierto realismo nos muestra nuestra historia reciente sólo como la suma de intentos fallidos, de escándalos, de caídas, de pecados, de contradicciones, de cortocircuitos en el testimonio, no debemos temer, ni negar la evidencia de todo lo que en nosotros y en nuestras comunidades está afectado por la muerte y necesita conversión. Todo lo que de mal, contradictorio, débil y frágil se manifiesta abiertamente nos



pervierte y traiciona su verdadera naturaleza. La Iglesia es un Cuerpo perpetuamente en crisis, precisamente porque está vivo, pero nunca debe convertirse en un Cuerpo en conflicto, con ganadores y perdedores. En efecto, de esta manera difundirá temor, se hará más rígida, menos sinodal, e impondrá una lógica uniforme y uniformadora, tan alejada de la riqueza y la pluralidad que el Espíritu ha dado a su Iglesia.

La novedad introducida por la crisis que desea el Espíritu no es nunca una novedad en oposición a lo antiguo, sino una novedad que brota de lo antiguo y que siempre la hace fecunda. Jesús usa una expresión que explica este pasaje de un modo sencillo y claro: «Si el grano de trigo no cae en tie-

recuerda aún más fuertemente la necesidad de morir a una forma de ser, de razonar y de actuar que no refleja el Evangelio. Sólo muriendo a una cierta mentalidad se logrará también dar espacio a la novedad que el Espíritu suscita constantemente en el corazón de la Iglesia. Los Padres de la Iglesia eran conscientes de esto, que llamaron “metanoia”.

8. De cada crisis emerge siempre una adecuada necesidad de renovación: es un paso adelante. Pero si realmente queremos una renovación, debemos tener la valentía de estar dispuestos a todo; debemos dejar de pensar en la reforma de la Iglesia como

Vivir la crisis como semilla de novedad

VIENE DE LA PÁGINA 5

un remiendo en un vestido viejo, o la simple redacción de una nueva Constitución apostólica. La reforma de la Iglesia es algo diferente.

No se trata de "remendar un vestido", porque la Iglesia no es simplemente el "vestido" de Cristo, sino su cuerpo que abarca toda la historia (cf. 1 Co 12,27). Nosotros no estamos llamados a cambiar o reformar el Cuerpo de Cristo —«Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8)—, sino que estamos llamados a vestir ese mismo Cuerpo con un vestido nuevo, para que se manifieste claramente que la Gracia que se posee no viene de nosotros sino de Dios: porque «llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que quede claro que ese poder tan extraordinario proviene de Dios y no de nosotros» (2 Co 4,7). La Iglesia es siempre una vasija de barro, preciosa por lo que contiene y no por lo que a veces muestra de sí misma. Al final, tendré el gusto de darles un libro, regalo del padre Ardura, donde se muestra la vida de una vasija de barro, que ha hecho resplandecer la grandeza de Dios y las reformas de la Iglesia. Este es un momento en el que parece evidente que el barro del que estamos modelados está desportillado, agrietado, roto. Debemos esforzarnos para que nuestra fragilidad no se convierta en un obstáculo pa-

«corta un pedazo de un vestido nuevo para remendar uno viejo»; el resultado es predecible: romperás el nuevo, porque «el remiendo no quedará bien en el vestido nuevo». Análogamente, «nadie echa vino nuevo en odres viejos. Si hace así, el vino nuevo reventará los odres viejos, el vino se derramará y los odres se echarán a perder. ¡El vino nuevo se echa en odres nuevos!» (Lc 5,36-38).

El comportamiento correcto es el del «maestro de la ley que se ha convertido en discípulo del Reino de los cielos», que «se parece al dueño de una casa que saca de su tesoro cosas nuevas y antiguas» (Mt 13,52). El tesoro es la Tradición que, como recordaba Benedicto XVI «es el río vivo que se remonta a los orígenes, el río vivo en el que los orígenes están siempre presentes. El gran río que nos lleva al puerto de la eternidad» (Catequesis, 26 abril 2006). Me viene a la mente la frase de aquel gran músico alemán: «La tradición es la salvaguarda del futuro y no un museo, guardián de las cenizas». Las «cosas antiguas» las constituyen la verdad y la gracia que ya poseemos. Las cosas nuevas las forman los diferentes aspectos de la verdad que vamos comprendiendo gradualmente. Aquella frase del siglo V: «Ut annis scilicet consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate». Esta es la tradición, así crece. Ninguna forma histórica de vivir el

por ejemplo; y esta no es sinodalidad. Sólo la presencia del Espíritu Santo hace la diferencia.

9. ¿Qué hacer durante la crisis? En primer lugar, aceptarla como un tiempo de gracia que se nos ha dado para descubrir la voluntad de Dios para cada uno de nosotros y para toda la Iglesia. Es necesario entrar en la lógica aparentemente contradictoria de que «cuando soy débil, ¡entonces soy fuerte!» (2 Co 12,10). Se debe recordar la garantía que dio san Pablo a los de Corinto: «Dios es fiel, y él no permitirá que sean probados por encima de sus fuerzas, sino que junto con la prueba hará que encuentren el modo de sobrellevarla» (1 Co 10,13).

Es fundamental no interrumpir el diálogo con Dios, aunque sea agotador. Rezar no es fácil. No debemos cansarnos de rezar siempre (cf. Lc 21,36; 1 Ts 5,17). No conocemos otra solución a los problemas que estamos experimentando que rezar más y, al mismo tiempo, hacer todo lo que podemos con mayor confianza. La oración nos permitirá «esperar contra toda esperanza» (cf. Rm 4,18).

10. Queridos hermanos y hermanas: Conservemos una profunda paz y serenidad, con la plena certeza de que todos nosotros, y yo en primer lugar, somos solamente «servidores a los que nada hay que agradecer» (Lc 17,10), de los que el Señor ha tenido



ra el anuncio del Evangelio, sino en un lugar donde se manifieste el gran amor con el que Dios, rico en misericordia, nos ha amado y nos ama (cf. Ef 2,4). Si quitáramos a Dios, que es rico de misericordia, de nuestras vidas, nuestras vidas serían una mentira, una mentira.

Durante el período de la crisis, Jesús nos advierte sobre algunos intentos para salir de ella que están destinados desde el principio a ser infructuosos, como el que

Evangelio agota su comprensión. Si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, cada día nos acercaremos más a «toda la verdad» (Jn 16,13). Por el contrario, sin la gracia del Espíritu Santo, podemos incluso comenzar a pensar en la Iglesia de modo sinodal, pero, en lugar de hacer referencia a la comunión con la presencia del Espíritu, se la concibe como una asamblea democrática cualquiera, formada por mayorías y minorías. Como un parlamento,

misericordia. Por eso sería bueno que dejáramos de vivir en conflicto y volviéramos en cambio a sentirnos en camino, abiertos a la crisis. El camino siempre tiene que ver con verbos de movimiento. La crisis es movimiento, es parte del camino. El conflicto, en cambio, es un camino falso, es un vagar sin objetivo ni finalidad, es quedarse en el laberinto, es sólo una pérdida de energía y una oportunidad para el mal. Y el primer mal al que nos lleva el conflicto, y

del que debemos tratar de alejarnos, es propiamente la murmuración. ¡Tengamos cuidado con esto! No es una manía que tengo de hablar contra el chismorreo; es la denuncia de un mal que entra en la Curia; aquí en el Palacio hay tantas puertas y ventanas y entra, y nos acostumbramos a esto. El chismorreo, que nos encierra en la más triste, desagradable y sofocante autorreferencia, y convierte cada crisis en un conflicto. El Evangelio nos dice que los pastores creyeron en el anuncio del ángel y se pusieron en camino hacia Jesús (cf. Lc 2,15-16). Herodes, por el contrario, se cerró ante el relato de los magos y transformó su cerrazón en mentiras y violencia (cf. Mt 2,1-16).

Cada uno de nosotros, cualquiera que sea nuestro puesto en la Iglesia, debe preguntarse si quiere seguir a Jesús con la docilidad de los pastores o con la autoprotección de Herodes, seguirlo en la crisis o defendernos de Él en el conflicto.

Permítanme que les pida expresamente a todos los que, junto conmigo, están al servicio del Evangelio el regalo de Navidad: Su colaboración generosa y apasionada en el anuncio de la Buena Nueva, especialmente a los pobres (cf. Mt 11,5). Recordemos que conoce verdaderamente a Dios quien solamente acoge al pobre que viene de abajo con su miseria, y que en esta misma capacidad es enviado desde arriba; no podemos ver el rostro de Dios, pero podemos experimentarlo en su vuelta hacia nosotros cuando honramos el rostro de nuestro prójimo, del otro que nos compromete con sus necesidades^[5]. El rostro de los pobres. Los pobres están en el centro del Evangelio. Me viene a la mente lo que decía aquel santo obispo brasileño: «Cuando me ocupo de los pobres, dicen de mí que soy un santo; pero cuando me cuestiono y pregunto: '¿Por

qué hay tanta pobreza?', me dicen 'comunista'».

Que no haya nadie que voluntariamente obstaculice la obra que el Señor está realizando en este momento, y pidamos el don de la humildad en el servicio para que Él crezca y nosotros disminuyamos (cf. Jn 3,30).

Felicidades a todos, a cada uno de ustedes, a sus familias y a sus amigos. Y gracias, gracias por vuestro trabajo. Muchas gracias. Y, por favor, recen siempre por mí, para que tenga la valentía de permanecer en crisis. Feliz Navidad. Gracias.

[Bendición]

Olvidé decirles que les regalaré dos libros. Uno, la vida de Carlos de Foucauld, un maestro de la crisis, que nos dejó un regalo, un hermoso legado. Este es un regalo que me dio el padre Ardura: gracias. El otro se llama «Olotropía: los verbos de la familiaridad cristiana». Son para ayudarnos a vivir nuestras vidas. Es un libro que se ha publicado en estos días, realizado por un biblista, discípulo del cardenal Martini; ha trabajado en Milán, pero es de la diócesis de Albenga-Imperia.

[1] H. Arendt, *La condición humana*, ed. Paidós, Barcelona 2012, 264.

[2] *Ibid.*

[3] Discurso en el encuentro ecuménico e interreligioso con los jóvenes, Skopje - Macedonia del Norte (7 mayo 2019): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (10 mayo 2019), p. 13.

[4] «Muchos discípulos de Jesús que lo habían oído decían: «¡Es dura esta enseñanza! ¿Quién puede aceptarla?». Dándose cuenta de que sus discípulos murmuraban, Jesús les preguntó: «¿Esto los escandaliza?»» (Jn 6,60-61). Pero, sólo desde esta crisis puede brotar una profesión de fe: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna»» (Jn 6,68).

[5] Cf. E. Levinas, *Totalité et infini*, París 2000, 76.

Se necesita fraternidad y esperanza en este tiempo de oscuridad

VIENE DE LA PÁGINA 3

que pide mi ayuda. Lo veo en el enfermo, en el pobre, en el desempleado, en el marginado, en el migrante y en el refugiado: todos hermanos y hermanas.

En el día en que la Palabra de Dios se hace niño, volvamos nuestra mirada a tantos niños que en todo el mundo, especialmente en Siria, Irak y Yemen, están pagando todavía el alto precio de la guerra. Que sus rostros conmuevan las conciencias de las personas de buena voluntad, de modo que se puedan abordar las causas de los conflictos y se trabaje con valentía para construir un futuro de paz.

Que este sea el momento propicio para disolver las tensiones en todo Oriente Medio y en el Mediterráneo oriental.

Que el Niño Jesús cure nuevamente las heridas del amado pueblo de Siria, que desde hace ya un decenio está exhausto por la guerra y sus consecuencias, agravadas aún más por la pandemia. Que lleve consuelo al pueblo iraquí y a todos los que se han comprometido en el camino de la reconciliación, especialmente a los yazidíes, que han sido duramente golpeados en los últimos años de guerra. Que porte paz a Libia y permita que la nueva fase de negociaciones en curso acabe con todas las formas de hostilidad en el país.

Que el Niño de Belén conceda fraternidad a la tierra que lo vio nacer. Que los israelíes y los palestinos puedan recuperar la confianza mutua para buscar una paz justa y du-

ra a través del diálogo directo, capaz de acabar con la violencia y superar los resentimientos endémicos, para dar testimonio al mundo de la belleza de la fraternidad.

Que la estrella que iluminó la noche de Navidad sirva de guía y aliento al pueblo del Líbano para que, en las dificultades que enfrenta, con el apoyo de la Comunidad internacional no pierda la esperanza. Que el Príncipe de la Paz ayude a los dirigentes del país a dejar de lado los intereses particulares y a comprometerse con seriedad, honestidad y transparencia para que el Líbano siga un camino de reformas y continúe con su vocación de libertad y coexistencia pacífica.

Que el Hijo del Altísimo apoye el compromiso de la comunidad internacional y de los países involucrados de mantener el cese del fuego en el Alto Karabaj, como también en las regiones orientales de Ucrania, y a favorecer el diálogo como única vía que conduce a la paz y a la reconciliación.

Que el Divino Niño alivie el sufrimiento de las poblaciones de Burkina Faso, de Malí y de Níger, laceradas por una grave crisis humanitaria, en cuya base se encuentran extremismos y conflictos armados, pero también la pandemia y otros desastres naturales; que haga cesar la violencia en Etiopía, donde, a causa de los enfrentamientos, muchas personas se ven obligadas a huir; que consuele a los habitantes de la región de Cabo Delgado, en el norte de Mozambique, víctimas de la violencia del terrorismo internacional; y aliente a los responsa-

bles de Sudán del Sur, Nigeria y Camerún a que prosigan el camino de fraternidad y diálogo que han emprendido.

Que la Palabra eterna del Padre sea fuente de esperanza para el continente americano, particularmente afectado por el coronavirus, que ha exacerbado los numerosos sufrimientos que lo oprimen, a menudo agravados por las consecuencias de la corrupción y el narcotráfico. Que ayude a superar las recientes tensiones sociales en Chile y a poner fin al sufrimiento del pueblo venezolano.

Que el Rey de los Cielos proteja a los pueblos azotados por los desastres naturales en el sudeste asiático, especialmente en Filipinas y Vietnam, donde numerosas tormentas han causado inundaciones con efectos devastadores para las familias que viven en esas tierras, en términos de pérdida de vidas, daños al medio ambiente y repercusiones para las economías locales.

Y pensando en Asia, no puedo olvidar al pueblo Rohinyá: Que Jesús, nacido pobre entre los pobres, lleve esperanza a su sufrimiento.

Queridos hermanos y hermanas: «Un niño nos ha nacido» (Is 9, 5). ¡Ha venido para salvarnos! Él nos anuncia que el dolor y el mal no tienen la última palabra. Resignarse a la violencia y a la injusticia signifi-



caría rechazar la alegría y la esperanza de la Navidad.

En este día de fiesta pienso de modo particular en todos aquellos que no se dejan abrumar por las circunstancias adversas, sino que se esfuerzan por llevar esperanza, consuelo y ayuda, socorriendo a los que sufren y acompañando a los que están solos.

Jesús nació en un establo, pero envuelto en el amor de la Virgen María y san José. Al nacer en la carne, el Hijo de Dios consagró el amor familiar. Mi pensamiento se dirige en este momento a las familias: a las que no pueden reunirse hoy, así como a las que se ven obligadas a quedarse en casa. Que la Navidad sea para todos una oportunidad para redescubrir la familia como cuna de vida y de fe; un lugar de

amor que acoge, de diálogo, de perdón, de solidaridad fraterna y de alegría compartida, fuente de paz para toda la humanidad.

A todos, ¡Feliz Navidad!

Queridos hermanos y hermanas, renuevo mis deseos de una Feliz Navidad para todos ustedes, conectados desde todo el mundo, por radio, televisión y otros medios de comunicación. Les agradezco su presencia espiritual en este día caracterizado por la alegría. En estas fechas en las que el clima navideño invita a los hombres a ser mejores y más fraternos, no olvidemos rezar por las familias y las comunidades que viven en medio de muchos sufrimientos. Por favor, continúen a rezar por mí. Buen provecho, en esta comida de Navidad, y hasta pronto.

Todos hermanos en un Dios más grande que nuestra religión

MARCELO FIGUEROA

En estos tiempos de adviento y cambio de página en nuestros calendarios, resulta interesante releer algunos textos en donde Jesús da un giro dramático en su anunciación mesiánica. Tal es el caso de su presentación en la sinagoga de Nazaret narrada en el Evangelio de San Lucas.

Antes de comenzar a transitar ese texto, quisiera traer a modo de introducción a estas líneas la reciente Encíclica *Fratelli tutti*. Como un prólogo del Capítulo II en donde desarrolla la parábola del Buen Samaritano, el Papa Francisco nos expresa refiriéndose a Cristo que: «Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón». En el intento de buscar una luz en medio de lo que estamos viviendo, y antes de plantear algunas líneas de acción, propongo dedicar un capítulo a una parábola dicha por Jesucristo hace dos mil años. Porque, si bien esta carta está dirigida a todas las personas de buena voluntad, más allá de sus convicciones religiosas, la parábola se expresa de tal manera que cualquiera de nosotros puede dejarse interpelar por ella. (FT 56)

El relato lucano citado al inicio nos narra que: «Jesús fue a Nazaret, el pueblo donde se había criado. El sábado entró en la sinagoga, como era su costumbre, y se puso de pie para leer las Escrituras. Le



dieron a leer el libro del profeta Isaías, y al abrirlo encontró el lugar donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar libertad a los presos y dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar el año favorable del Señor». Luego Jesús cerró el libro, lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó. Todos los que estaban allí tenían la vista fija en él. Él comenzó a hablar, diciendo: «Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que ustedes acababan de oír» (Lc 4, 16-21)

La primera reacción de rechazo al Mesías - Jesús, se da en aquellos asistentes en relación con la cercanía, familiaridad, cotidianeidad y conocimiento que tenían de su vida y la de

su sencilla familia. «¿No es éste el hijo de José?» (vs.22). Para ellos, ese conocimiento cercano les otorgaba privilegios de características posesivas y exclusivistas para con el hijo de María. Ante esto, Jesús utiliza dos refranes populares como primeras respuestas. En el primero de ellos «Médico, sánate a ti mismo» (v 23), hace referencia a un dicho en el cual se suponía que quien tenía pretensiones de salir de su entorno para triunfar en su profesión, debía primero dar muestras de ello en su localidad de origen. Los presentes en la sinagoga nazarena no podían aceptar que sus prejuicios religiosos-políticos se vieran amenazados justamente por alguien con el que solo concebían una relación de apropiación vecinal. También en nuestros días, nos puede

sucedir que, habiendo cultivado cierto costumbrismo cristiano, nos sintamos poseedores por hábito religioso, del derecho de condicionar o determinar el espacio y tiempo del accionar de Cristo en el cosmos y en la historia. El segundo refrán: «Nadie es profeta en su tierra» (vs 24), complementa el anterior, dejando sentado que su revelación profética mesiánica, había descubierto a los suyos como insensibles y ajenos ante semejante adviento que tenían enfrente de sus ojos. Ese refrán es también una puerta de entrada a una nueva declaración en la homilía pueblerina de Jesús, que produce el segundo rechazo. Esta vez el mismo es de tal magnitud que, si hubieran tenido éxito, sus vecinos habrían adelantado la muerte del Mesías por despeñamiento (vs 29-29).

Haciendo uso de una homilética profética penetrante, Jesús continúa su sermón expresando: «Verdaderamente, había muchas viudas en Israel en tiempos del profeta Elías, cuando no llovió durante tres años y medio y hubo mucha hambre en todo el país; pero Elías no fue enviado a ninguna de las viudas israelitas, sino a una de Sarepta, cerca de la ciudad de Sidón. También había en Israel muchos enfermos de lepra en tiempos del profeta Eliseo, pero no fue sanado ninguno de ellos, sino Naamán, que era de Siria» (vs 24-27). Citando a dos profetas

principales en la fe judía, les recuerda dos sucesos de catástrofes integrales con un claro significado mesiánico universal y ecuménico. Los sucesos hacen referencia a una crisis climática y ecológica sin precedentes y una hambruna con altos niveles de mortandad en todo el mundo conocido por entonces. También trae a la memoria de los asistentes una pandemia de una enfermedad contagiosa que no tenía tratamiento ni cura y que solo se «atenuaba», aún en esos tiempos, con un cruel aislamiento personal con serias discriminaciones sociales. A esta altura de mi breve comentario, no creo necesario hacer una relación actual y directa con lo vivido en estos tiempos de desastres ecológicos, alimentarios y sanitarios. Al parecer, aquel sentido religioso fundamentalista y reduccionista que había construido en los oyentes un Dios propio, pequeño y manipulable, es el foco que Jesús, como encarnación del texto mesiánico citado, trata de revelar e iluminar. El Dios de Jesús, y por lo tanto él mismo como el Mesías, trascendía los bordes de las estructuras dogmáticas de toda posible apropiación o domesticación intraconfesional. El Cristo manifestado en la periferia de su existencia pre revelada, debía ser ahora considerado como parte de una dinámica de acción divina con alcances no solamente a los suyos, sino también a toda la humanidad y otras

formas de entender la fe y especialmente presente en situaciones universales críticas. Las citas del accionar amoroso y misericordioso del Dios de Israel hacia la viuda de Sarepta y del sirio Naamán por parte de los profetas Elías y Eliseo, serán un prólogo, de sus futuros encuentros ecuménicos. Bastaría citar solamente los sucedidos con la mujer samaritana (Jn 4, 1-45) o con la mujer sirofenicia (Mc 7, 24-30) y desde luego, su enseñanza en la parábola del buen samaritano ya citada. Que no nos pase como a aquellos coterráneos y confesos del relato del Evangelio que por querer encerrar a Jesús en sus dogmas, formas y condicionantes religiosos, se perdieron la homilía más importante y fundamental que traía liberación, sanidad, visión, a la vez de un periodo sabático de paz universal.

En estos momentos dramáticos de la humanidad, en donde aún no hemos salido de una pandemia que ha profundizado desigualdades sociales y provocado muerte, enfermedad y hambre; pero también ha dejado fuertes interrogantes al ya dramático clamor de la tierra y el planeta, aferrémonos a este Cristo universal. Encarnado en la historia, su pueblo, sus raíces periféricas, pero que extiende siempre sus brazos de amor y misericordia desde y hacia todos los tiempos y a la humanidad de la cual toma su propia identidad.

Entrevista con Rosa García Gutiérrez

Un premio Nobel todavía desconocido

ROCÍO LANCHO GARCÍA

Juan Ramón Jiménez, reconocido con el premio Nobel de Literatura en 1956, sigue siendo un gran desconocido. No solo fue un poeta central del siglo XX, extraordinariamente original y valiente, sino también una figura cultural de primer orden y una vigencia sorprendente. Así lo asegura Rosa García Gutiérrez, directora de la Cátedra Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Huelva. En esta entrevista a L'Osservatore Romano, explica la influencia que tuvo en la obra del poeta su matrimonio con Zenobia Camprubí, así como la relación de Jiménez con Hispanoamérica y la huella que allí dejó su poesía.

¿Cuál es la misión de la Cátedra Juan Ramón Jiménez?

La Cátedra, que se fundó en el año 2014, tiene como objetivo fomentar en todos los ámbitos el conocimiento de la vida y la obra de Juan Ramón Jiménez. Para ello, desarrolla ciclos de conferencias, cursos de verano, simposios internacionales y exposi-

ciones, siempre en estrecha colaboración con la Casa Museo Zenobia-Juan Ramón Jiménez y con Carmen Hernández Pinzón, sobrina nieta del poeta; ha puesto en marcha la Biblioteca de Estudios Juanramonianos, colección de libros que se aloja en el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva; colabora en la financiación de investigaciones en torno a la obra del poeta; y recibe alumnado en prácticas tanto de la propia Universidad de Huelva como de la *Università degli Studi di Torino*, a través de un convenio con la profesora Isabella Mininni. Creemos que, a pesar del Nobel, Juan Ramón Jiménez sigue siendo un gran desconocido. No solo fue un poeta central del siglo XX, extraordinariamente original y valiente, sino también una figura cultural de primer orden y una vigencia sorprendente.

*Juan Ramón Jiménez, principalmente conocido por su obra *Platero y yo*, pero su obra va mucho más allá. ¿Por qué cree que esta ha sido su obra más desta-*

cada?

Juan Ramón fue autor de una obra inmensa, difícil de abarcar y no siempre accesible para todo el público. La escritura de Platero y yo coincidió con años de enorme productividad, poemarios y libros en prosa que quedaron a veces inéditos, y ese libro sirvió para aquilatar su lugar en el panorama intelectual de la segunda década del siglo XX. Su éxito fue inmediato: la edición de 1914 en la colección 'Biblioteca Juventud' lo consagró como posible lectura infantil, y la de 1917 en la editorial Calleja como un libro que concentraba los ideales poéticos y humanistas de la Institución Libre de Enseñanza y el posmodernismo. Platero y yo condensó las preocupaciones sobre España y la modernidad de las élites intelectuales y ofreció nuevas posibilidades para la prosa poética. La complejidad y hasta el hermetismo de los libros poéticos posteriores realizó el éxito popular de Platero y yo, del que fue consolidándose una lectura costumbrista y naive



rios, que le resultaba estéticamente agotado y, además, le generaba dudas éticas. Las cartas que se intercambiaron durante el noviazgo muestran cómo el temperamento y las opiniones poéticas de Zenobia lo ayudaron a despedirse de esos amarres decadentes y a forjar el nuevo yo poético que irrumpió de manera decisiva en Diario de un poeta recién casado. El propio título de ese libro de 1917, que funde la experiencia poética con la matrimo-

que no hace justicia a su componente crítico. Mucho después, el sistema educativo franquista contribuyó a reducir la heterodoxa e incómoda figura de Juan Ramón a Platero y yo, un libro excelente y complejo, pero con el cual era fácil trasladar una imagen convenientemente inocua del poeta y borrar su obra en el exilio. La inserción en el sistema educativo —no solo español— de Platero y yo hizo a Juan Ramón inolvidable pero también sepultó gran parte de su obra.

¿Cómo influyó su matrimonio con Zenobia Camprubí en su obra?

Enormemente. Cuando conoció a Zenobia, Juan Ramón llevaba tiempo buscando un nuevo camino poético e intentando librarse del solipsismo quejumbroso de sus primeros poema-

nial, lo dice todo. Zenobia, que era bilingüe, ayudó a Juan Ramón con el inglés y lo acercó a poetas que le serían fundamentales tras el Diario: Emily Dickinson, Tagore, Ezra Pound o Yeats, entre otros. Es un error pensar que esta mujer moderna y decidida abandonó su vocación para ponerse al servicio de Juan Ramón. Escribió alguna vez de joven, pero su vocación no fue la literaria. Su actividad pública fue inagotable, y más aún al lado de Juan Ramón: fue figura central del Lyceum Club Femenino, institución fundamental para el desarrollo del feminismo en España, emprendió negocios relacionados con el mundo de la artesanía popular, o dio clases en la Universidad de Maryland durante el exilio. Su personalidad alegre y resolutiva, también su

concepción de la ética personal, fueron siempre un contrapunto fundamental para la desmesura emocional de Juan Ramón.

¿Qué papel tuvo Juan Ramón con la generación del 27?

Por edad, Juan Ramón fue primero maestro de los jóvenes que formarían la Generación del 27, y después, su contrafigura: ese padre simbólico que era preceptivo cuestionar y desacralizar para conquistar el presente poético y legitimarse en él. Juan Ramón no supo entender bien este mecanismo inherente a la tradición moderna y le dolieron y ofendieron, tal vez en exceso, algunas de las reacciones que los antiguos discípulos escenificaron contra él. Sin embargo, es imposible entender la poesía de la Generación del 27 sin el magisterio de Juan Ramón e, incluso, se podría decir más: el viejo Juan Ramón acabó superando en modernidad y osadía a muchos de sus discípulos. Si la Generación del 27 quiso hacer de Juan Ramón la arquetípica figura de autoridad, el padre simbólico contra el que definirse, lo cierto es que Juan Ramón fue un padre discoló, con frecuencia menos sumiso a la ortodoxia y a la oficialidad de lo que algunos miembros de la Generación del 27 acabaron siendo. Es conocido el enfrentamiento que mantuvo con Neruda a comienzos de los 30, ejemplo paradigmático del parricidio literario que caracterizó a las vanguardias. Menos conocida es la rectificación que en los años cuarenta publicó Juan Ramón corrigiendo algunos de sus juicios negativos sobre el chileno.

¿Cómo explicaría a un público internacional la contribución de Juan Ramón Jiménez a la poesía y al pensamiento hispánicos?

Con Juan Ramón Jiménez puede explicarse toda la poesía española moderna, desde el Modernismo hasta los años cincuenta. En todas y cada una de las fases de la tradición poética moderna, Juan Ramón fue central: lo fue en el Modernismo español, en el Novecentismo, en los años veinte, en la poesía española del exilio y, sobre todo, en la superación de las aporías de las vanguardias históricas con su poesía final, sobre todo a partir de *Animal de fondo* (1949), una poesía escrita en estado de gracia que sigue siendo un acto de fe en el arte, la belleza y el espíritu en años de dolor, guerras, totalitarismos y un clima nihilista marcado por el escepticismo al que nunca se plegó, a pesar de sus profundas crisis depresivas y sus periodos de letargo emocional. Menos conocido pero fascinante es el Juan Ramón pensador: es falsa la caricatura que lo retrata como un poeta encerrado en su torre de marfil. Las conferencias que pronunció durante el exilio en Estados Unidos e Hispanoamérica nos lo muestran como un intelectual singular, muy consciente de su tiempo, honesto e insobornable, poseedor de lo que él mismo denominó una «política poética»: una visión del hombre en la polis en la que la Poesía, entendida como una forma de cultivo de la sensibilidad, ocupa un lugar central y se convierte en argumento para redefinir y restituir provocadoramente conceptos como «comunismo» o «aristocracia». En el diseño de esta política poética su mirada permanente a España, su rechazo radical a la dictadura franquista y la actualización de los ideales democráticos de la Institución Libre de Enseñanza fueron fundamentales.

Juan Ramón Jiménez, el poeta que vivió por y para la poesía

LORENA PACHO

Juan Ramón Jiménez se entregó por completo a la poesía a lo largo de su vida. A su vocación, que vivió con pasión, exigencia y tenacidad la llamó "el trabajo gustoso". Este autor, uno de los escritores españoles más importantes del siglo XX, premio Nobel de Literatura en 1956, es una figura central de la poesía contemporánea española y occidental. Sus versos, su estética, sirven de puente, a modo de una suerte de bisagra entre el Romanticismo de Bécquer y Espronceda, de cuya influencia bebe al inicio de su trayectoria, y el Modernismo y las Vanguardias que llegaron después, de su mano, en las primeras décadas del siglo XX.

Después del fallecimiento del poeta nicaragüense Rubén Darío en 1916, Jiménez toma el relevo como líder de los poetas más jóvenes de su tiempo, que escriben siguiendo sus principios, fascinados por la profundidad conceptual y simbólica de sus versos; por su inmenso valor estético e histórico-literario y por su alta espiritualidad. Se convirtió así, además de en maestro de las jóvenes vanguardias de los años veinte y treinta del siglo pasado, en el máximo exponente del modernismo lírico en España, junto a los hermanos Manuel y Antonio Machado; y en el poeta postmoderno insuperable de los años cincuenta.

Juan Ramón Jiménez nace el 24 de diciembre 1881 en Moguer, un pequeño pueblo de la provincia de Huelva (Andalucía), junto a las marismas del río Guadalquivir y las minas de cobre de Río Tinto, habitado por labradores y marineros y rodeado por viñedos y cultivos de fre-

sas y maíz. Esta zona del sur de España se caracteriza por la intensidad de la luz del sol, sus construcciones blancas y relucientes y sus calles estrechas y limpias. De niño le gustaba jugar solo y se deslumbraba con la belleza del campo, los cambios de estación y de la luz durante el día. Tenía un calidoscopio a través del cual acostumbraba a mirarlo todo, porque le parecía que las cosas se alteraban y adquirirían una consistencia mágica con él. Le fascinaban la luz y esos juegos con la realidad. Las cosas transformadas le parecían otras. Hay una amplia huella de esta fascinación sensorial en sus versos. Con una capacidad extraordinaria de observación, era capaz de captar detalles que pasaban desapercibidos para la mayoría y los presentaba en su obra como formas de ideal. Por ejemplo, a una pequeña flor del camino le dedica un pasaje de Platero y yo, y a una hoja verde, todo un poema.

Comenzó a escribir poemas con quince años y más tarde abandonó sus estudios de Derecho para dedicarse a la poesía. Conoció a los escritores más influyentes de su tiempo, como Rubén Darío, Valle-Inclán, Unamuno, Manuel y Antonio Machado, José Ortega y Gasset, Pío Baroja y Azorín, entre otros muchos.

Fue una persona muy exigente consigo mismo y con los demás. Le gustaba leer sin descanso, tanto a escritores, poetas y filósofos españoles, como a extranjeros. Se movía como pez en el agua en la vasta biblioteca de su padre en Moguer y también en la colección de libros del doctor Lalanne en Francia, y en la del doctor Simarro en Madrid. Además de leer, escri-

bía constantemente sus ideas, en aforismos y prosas; y sus impresiones líricas en poemas. Sus años de juventud entre Moguer, Sevilla, Francia y Madrid le permitieron adquirir una sólida formación que le prepararía para escribir su obra mejor; para conseguirlo trabajó sin descanso. Aunque los versos fluían de su pluma con una facilidad asombrosa, su obsesión siempre fue pulir sus creaciones una y otra vez.

En los años que pasó en Moguer, de 1905 a 1911, escribió numerosos libros de poemas, pero quizá sea Platero y yo el texto con el que obtuvo fama inmediata, ya que se tradujo rápidamente a treinta idiomas. Durante estos primeros años comenzó a publicar, libro tras libro, influido principalmente por Bécquer y Espronceda. Sus libros de juventud serán "Ninfas" (1900), "Almas de violeta" (1900), "Rimas" (1902), "Arias tristes" (1903), "Jardines lejanos" (1904) y "Pastorales" (1911). En ellos, el poeta se recrea en la belleza del campo, en deseos amorosos imposibles, en sueños y alucinaciones. Predominan en esta etapa las descripciones del paisaje, los sentimientos vagos, la melancolía, la música, el color, los recuerdos y los ensueños amorosos. Se trata de una poesía emotiva y sentimental donde se trasluce la sensibilidad del poeta a través del perfeccionismo de la estructura formal.

En 1911 Juan Ramón se traslada a vivir a Madrid para estar en contacto con el ambiente intelectual y los poetas importantes de aquel momento. En esta época conoce a la que será su mujer, Zenobia Camprubí Aymar, también escritora y que marcará profundamente su tra-

yectoria y su obra. Se casaron en Nueva York el 2 de marzo de 1916. A su regreso a España, el matrimonio se estableció en Madrid, y Juan Ramón se dedicó por completo a escribir y preparar lo que él consideraba "su obra en marcha". Publicó "El diario de un poeta recién casado" (1917), un libro con el que abrió una nueva etapa en su obra, mucho más densa y concentrada a partir de este momento. Inicia su llamada etapa intelectual. En ella aparece el descubrimiento del mar como motivo trascendente. El mar simboliza la vida, la soledad, el gozo, el eterno tiempo presente. Además, en esta etapa se inicia una evolución espiritual que lo lleva a buscar la trascendencia. En su deseo de salvarse ante la muerte se esfuerza por alcanzar la eternidad a través de la belleza y la depuración poética. Se caracteriza por una poesía desnuda, edicada exclusivamente a lo esencial. Durante unos años escribe sin descanso numerosos libros de poesía y prosa, y más tarde se dedicará principalmente a corregir y reorganizar lo ya escrito y publicado. También traduce junto a Zenobia la obra de Tagore, Shakespeare y otros autores. El poeta trabajaba con profusión y prefería no salir de casa, ni tener visitas. Zenobia se encargaba de resolver las cuestiones prácticas y materiales, y de pasar a máquina sus poemas. "Si tratásemos de revelar la clave poética que guarda toda la obra de Juan Ramón Jiménez sin miedo a equivocarnos diríamos que se trata de un viaje hacia dentro de sí mismo. Juan Ramón durante más de cincuenta años de escritura buscó incansablemente una respuesta vital y metafísica a la existencia y la halló en su

propio ser a fuerza de ahondar en su conciencia", lo resume el escritor José Antonio Expósito Hernández en su ensayo "Juan Ramón Jiménez, poeta interior". En agosto de 1936, con un pasaporte diplomático el poeta andaluz se trasladó con su mujer a Estados Unidos como embajador cultural de España. Los siguientes veinte años Juan Ramón y Zenobia vivieron en Cuba, Estados Unidos y Puerto Rico y ya no regresaron a España. Durante las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado, su exilio en América Latina después de la Guerra Civil española contribuye a enriquecer su poesía, que adquiere una dimensión cósmica y mística sin precedentes en la tradición española.

Su obra pasa en este momento a ser autobiográfica, y habla en ella abiertamente de su vida personal, de sus amistades e incluso de sus enemigos. En ella el poeta se pregunta por el significado del mundo. De este período son sus extensos poemas "Tiempo" (1941) y "Espacio" (1941-1954), que constituyen un diario espiritual y un intento por parte del poeta de explorar la relación del hombre con el universo. Esta etapa es la conocida como suficiente o verdadera. En esta fase Juan Ramón escribe poesía mística que busca tanto a Dios como a lo absoluto. Destaca también el interés por la belleza y la perfección como punto importante en esta fase. A esta etapa pertenece "Dios deseado y deseante (Animal de fondo)" (1949). El 25 de octubre de 1956, tres días antes de la muerte de Zenobia, le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura. Poco después murió, el 29 de mayo de 1958.